

ciones con este gobierno, porque no se habian castigado en el plazo de ocho dias que fijó, á todos los culpables en aquel atentado, y porque no se accedió á la indemnizacion pedida por él á causa de aquel crimen.

Sin embargo, como á la política del gobierno de la reina importase aumentar las dificultades del gobierno de México para llegar á alcanzar los fines que se propusiera, no fué un inconveniente la guerra para que entablado sus relaciones con Zuloaga y Miramon, ajustase el tratado Mon-Almonte, cuya ratificacion es el objeto extensivo de la ocupacion de Veracruz. ¡Buen negocio! Asegurar 2.411,941 pesos de créditos pendientes de reconocimiento, indemnizaciones, garantía de mayor respeto y consideraciones á las personas é intereses de los súbditos de S. M. C., y gastos que impenda en la guerra á que nos provoca.

Si, fuera del objeto esencial que entraña la política de aquel gabinete, esto procuraba como precedente, buen preludio le es la fácil ocupacion de Veracruz: ya al ménos contemplarse debe algo satisfecho del agravio que recibiera, al habersele lanzado de la República. Veremos si el resultado del paso que ha dado Isabel II, corresponde en un todo á los altos fines que meditaba alcanzar, al aceptar la mision especial que trajo á México, tan lejos de envolver sentimientos dignos y nobles: como que esa embajada significara una muestra de consideracion hácia este país.

Si, la España no trató con este paso de reanudar las relaciones: trataba y ha tratado de ponerse á la cabeza de la raza española, y de estar al frente de los individuos de dicha raza en la marcha natural del mundo. Trataba y ha tratado de tener un lugar distinguido en la resistencia de las conquistas de la raza anglosajona en América.

Esto está dicho en el discurso de que me ocupo, al reasumirse en tres puntos la política usada, no haciendo por mi parte mención del último concepto, porque en el primero queda invivita la especial proteccion que quisiera dispensar á ocho mil españoles, que se conceptúa existen entre nosotros.

En América no solo hay una raza que no sea de origen español: no es solo el norteamericano á quien se debe tener presente al tratar de América. La América está poblada de distintas razas, y á la cabeza de ella están y deben estar sus gobiernos. Se ha olvidado que en esta Re-

pública hay una raza mexicana, ó se la quiere dar desde ahora por extinguida? ¿No se pone en cuenta á la raza francesa, á la inglesa, á la alemana y á las de otras naciones que tambien pueblan la América?

Si la España debe estar á la cabeza de su raza en América, en la marcha natural del mundo, la misma razon habia para que las demas naciones extranjeras estuvieran á la cabeza de las suyas: hé aquí una novedad original que honra poco al autor, y le pone en peligro de romper sus títulos de diplomático, ante este mundo que no podria entenderse, admitiendo en cada nacion tantas cabezas, cuantas razas extranjeras existieran en ellas; porque á donde va la cabeza van los pies; y es claro que nadie querría sujetarse á las leyes del país en que viviera, y ni respetar y obedecer á la autoridad que gobernara, sino á la de su país natal.

Por otra parte, á tener la España accion de oponerse á las conquistas de la raza anglosajona en América, ¿qué razon de diferencia hay para que no la tenga la Francia, Inglaterra, Alemania, etc.? Será porque la España conquistó una parte de la América; porque aventureros de aquella nacion cometieron crímenes inauditos, se hacian lugar en nuestro suelo para medrar á costa de la vida y sacrificios de los criollos; porque mantuvo por trescientos años su dominacion sobre nosotros, ó por que nos trajo la religion con frailes, que convertidos en exatores de impuestos eclesiásticos y reales, difundieron ántes que doctrinas evangélicas la supersticion y fanatismo?

Y forzoso es hacer estas preguntas, no creyendo que haya buena fé en la España, al mostrarse ahora interesada en la nacionalidad de las partes en que está dividida la América, antes española, ni concluyente la razon de haberse constituido el pueblo de Norte-América enemigo de aquella raza por no ser de origen español.

No: no puede el gabinete de España abrigar buena fé en la política que se ha propuesto gastar para con México. Hubo vez que Norte-América hizo la guerra á México y ella se mostró sumisa. Jamás ha dejado de intervenir en nuestras discusiones domésticas: los españoles residentes aquí soplan el fuego de la discordia, mientras que el gobierno español, hostil siempre al pueblo, tan luego aborrece al gobierno liberal que ha logrado establecerse, como extiende su mano para levantar á los retrógrados, quienes prevalidos de esta

extraña proteccion, han mantenido la intranquilidad en cuarenta años que llevamos de independientes.

De no ser así, no podia explicarse el arribo del ex-embajador español á la capital de esta República, su reconocimiento al gobierno de Miramon, á quien con escándalo del mundo quiso vigorizar aún, con la suma del poder por quien representaba, hallándose no obstante convulso por la derrota que sufrió en Silao y exhalando los últimos alientos de su vida pública.

Mucho tuviéramos que agradecerle á la España, que sin mirar á su raza residente en esta República, viendo al pueblo mexicano en cuyas masas aquella desaparece, hubiera antes de ahora procurado favorecerlos, para mantener intacto al territorio nacional é incólumes nuestros derechos. ¡Ojalá que estos sentimientos se hubieran hecho extensivos á la Francia é Inglaterra, y ambas naciones nos hubieran protegido con su poder en uno y otro respecto!

Convengamos que por simpatías, por consideraciones ó para conservar el mejor equilibrio respecto al poder de las naciones y respecto al comercio de todas entre sí, haya y deba haber accion de impedir la exclusiva intervencion extraña en una nacion y de oponerse á las conquistas de cualquiera pueblo ó raza, ¿es apelando al recurso de las armas la mejor manera de alcanzar estos fines? ¿es relativo á unas y no á todas esa accion, ó sea que en tanto que para unas haya derecho de oposicion tengan á la vez el de ejercer esa intervencion exclusiva?

Si el principio lo aceptamos en un sentido general, los mexicanos estamos en el caso de rechazar la que pretenden ejercer ahora la Inglaterra, Francia y con doble motivo la España; y si por el contrario, lo mismo que los mexicanos que no estamos en manera alguna en el caso de aceptar esa intervencion, como opuesta á la independencia y soberanía nacional, la Austria, la Italia, la Alemania, la Rusia, la China y las demas naciones de este continente, la verian como contraria á sus intereses y no deberian ni podrian consentir en esa triple liga de Inglaterra, Francia y España para ejercerla, y desde luego ó mas tarde, debemos concederles derecho y accion de romperla, sin que la lejanía en que se hallan de México unas, fuera causa que impedirles pudiera, obrar de consuno en este sentido.

Representen enhorabuena, la Inglaterra y Francia, el papel de mediadoras en obsequio de la paz general de la República;

pero sin sofocar el sentimiento unánime de la nacion que ha proclamado el sistema de gobierno que mas cuadra á los mexicanos; pero sin ocurrir á la fuerza armada, porque ni ha estado México ahora amenazado de ser conquistado por otra nacion que no sea tal vez la España, ni al estarlo ha consentido ni impetrado su auxilio para evitarlo.

Represente la España, desnudo de todo pretesto útil el gran pensamiento que ha prevalecido hasta en el último español, de establecer en México un gobierno central ó semimonárquico, cuando no una monarquía de su raza: represente, enhorabuena, ese papel en una mano y en la otra el acero con que pretende extinguir al pueblo americano, que se le emancipó proclamando su independencia; y las cadenas para someter á la mas dura esclavitud á los débiles y miserables que alcancen de aquella reina una mirada compasiva; pero no calumnie al pueblo mexicano; pero no lo haga aparecer bárbaro en sus guerras intestinas; pero no se diga que la raza anglosajona influye en la política del gobierno mexicano ni que en la actualidad quiera aumentar conquistas; pero no se nos califique de asesinos y bárbaros; pero no se asegure que durante nuestras guerras, sufran sensiblemente los extranjeros residentes en esta República, cuando es todo lo contrario, cuando en ella han hecho grandes fortunas, cuando para improvisarlas, para aumentarlas, ellos son los que atizan el fuego de la revolucion, cuando durante esos cuarenta y un años que contamos de la independencia acá, y de continua lucha, y en los que se han sucedido cincuenta y cinco gobiernos diferentes, segun lo asegura el ex-embajador, han adquirido cosa extraña, la friolera de ciento cincuenta millones de duros, ocho mil españoles; pero no se desconozca la buena voluntad que el gobierno mexicano ha tenido de dar solucion á las cuestiones pendientes, de abrir francas y leales negociaciones de interés internacional, de satisfacer los créditos reconocidos, de cumplir rigurosamente los pactos celebrados con las naciones extranjeras; pero no se tenga la audacia de ostentar que ha traído la embajada el objeto de desvanecer recelos entre los mexicanos y de ser acordada para bien de ellos, y sin pretensiones de ejercer soberanía, ni aun protectorado, cuando todo lo contrario se comprende en la sola pretension de ponerse á la cabeza de la raza española en América y al haberse acreditado cerca del faccioso D. Miguel Miramon, con quien no



había titubeado un momento el gobierno de S. M. en entablar relaciones políticas; y después de largas negociaciones, ajustado el tratado de Mon-Almonte, uno de los pasos que más han complicado las dificultades pendientes entre uno y otro gobierno, y que pone en peor condición las reclamaciones de España.

Necias y ridículas son por tanto esas tronantes palabras "grandes consideraciones, benevolencia, simpatías, bien de México, buena fé," que emplea en el discurso de que me estoy ocupando. ¿Era aquella la mejor oportunidad para zanjar las dificultades pendientes hasta la fecha en que Comonfort defecionó? ¿Era forzoso que el embajador precisamente se dirigiera á la capital de la República para desempeñar su misión? ¿Era Miramon con quien debía tratar? Basta la solución de estos tres puntos, puntos que es necesario no olvidar para más probar no haber habido consideración, benevolencia, buena fé, simpatías.

Siempre se cree, por lo regular, accesible aquello que se desea, y tanto que se sueña; de modo que no es extraño que al marchar á América el ex-embajador, él y su gobierno hayan creído en el triunfo de Miramon, y si toda la Europa también, esto únicamente podía motivarlo las falsas noticias que la prensa española hacía circular pregonando aptitudes, triunfo, virtudes de Miramon, al paso que la mala posición de los liberales y cuanto invento podía imaginarse para desacreditarlos, no sabemos si pagados por escritores, cual lo hizo Napoleón, para degradar, manchar y negar el genio de Voltaire.

Equívoco el juicio que la España se había formado del desenlace de la revolución, equivocada la política que como conveniente á las mejores relaciones de ambos pueblos, debía usarse de parte del gobierno de S. M. C., errónea la idea que se tuvo de ser el partido de Miramon el que contase con más medios para crear un gobierno, falso que este personaje hubiese adquirido fuerza moral y material, tal que pudiese fundar esperanzas de consolidar una administración benéfica al orden social, y propia de un país civilizado; equívocos debían ser todos los pasos que en lo sucesivo diera el Sr. Pacheco.

Por esto es que no acertó al venir en la fecha que lo hizo á tratar con Miramon, que desde el principio de la revolución, jamás llegó á ser obedecido sino de sus tropas, ni respetado en la República sino por los españoles residentes en ella, por el

clero y por los que ántes realistas, después centralistas y últimamente reaccionarios; mientras que todos los Estados, el pueblo mexicano y su mayoría, lejos de prestarle obediencia y protección, lo combatieron, reconociendo desde entónces como único presidente legítimo constitucional, la persona del Sr. D. Benito Juárez, general no; licenciado sí.

Echemos como inconducente á un lado la relación de su viaje hasta México, y como natural las muestras de tanta atención de los españoles á su llegada, porque á no ser así, habría sido el hombre más desgraciado del mundo, viéndose privado de las simpatías que inspira el sentimiento de paisanaje; pero si dejamos á un lado esto, á un lado también lo cortés que le fué Miramon y el cenáculo que le hacía la Corte, las exposiciones que el 15 de Setiembre de 1860, y 15 de Enero de 1861 dirigieron los españoles residentes en México, á él la primera y á S. M. C. la segunda, esta con comunicación de la misma fecha; como inspiraciones propias y de su reina, nada tienen de notable toda vez que, siendo un hecho fuera de toda duda la ingerencia de los españoles en la guerra que se agitaba, propio era de las circunstancias decir cuanto á su causa conviniera. No debemos dejar pasar en silencio ese nuevo supuesto cargo que se nos hace, que se hace á los demócratas, de haber sido asesinados al llegar á México el Sr. Pacheco, siete españoles por las fuerzas constitucionales mandadas por Leyva y Carbajal, cuyo pasaje refiere á su modo, esto es con la habilidad propia de todo aquel que, sin buenas razones, con el corazón lleno de veneno, con un talento más despierto para tergiversar el sentido de los hechos que para raciocinar en buena lógica, más preparado á crear prosélitos de una mala causa que á conjurar la tormenta que amenaza á un pueblo, no teme formar castillos cuyos fuegos quemén sus pestañas. ¡Oh! ¡qué pérfido objeto! crear nada menos que enemigos á esta generosa Nación, suscitando recelos en la Europa toda, en presencia de hechos horribles, que si bien nada nuevos serían en el mundo, llenas como están las páginas de la historia de las revoluciones de esas mismas naciones, cuya enemiga hácia nosotros se procura arteralmente por la España, no ha tenido lugar uno semejante de parte de los que hemos sostenido principios de legalidad é ideas de reforma.

Dicho está por el Sr. Pacheco, que hay un partido español y otro anti-español; yo

no lo niego. Dicho está por él, que el partido español se levantó contra la Constitución de 1857: concedido. Esto supuesto ¿qué de extraño puede tener que bajo el golpe de la lanza ó acribillados á balazos en un campo de batalla ó en el patíbulo sucumban algunos españoles? Hay un partido español y otro anti-español, ¿y podrá negarse sin faltar á la verdad que se debe al público y á las naciones que nos juzgan, que los españoles avecindados en la República están filiados en el primer partido, y muchos de ellos entre filas militando en pró de su causa? Si no puede ponerse esto en duda, si no puede negarse, porque para hacerlo, tendrían que negar la nacionalidad de Cobos, Pérez Gómez, Cagiga, Iburguren, Cajen y otros muchos españoles que han militado como jefes del bando reaccionario, no deben calificarse como asesinados los extranjeros muertos en la guerra ó conforme á las leyes de la guerra, á no ser que los españoles en el mundo gozaran de la prerogativa de levantarse contra las constituciones de las naciones, de empuñar las armas y combatir contra los gobiernos establecidos, de robar y asesinar como lo han hecho en México, á los que no sean de su raza. Entónces, y solo así, no nos quedaria otro recurso que doblar la cerviz, responder á los cargos que se nos hicieran de los españoles que han muerto de aquella suerte, decir á todo amen, y pasar por cuanto de nosotros se exigiera; pero mientras las naciones se guien por el derecho de gentes, mientras se observen testualmente los tratados vigentes, México no deberá dejar sin castigo á los españoles que, con las armas en la mano, resistan en los campos de batalla el cumplimiento de la carta constitucional, ó que abusando de la hospitalidad que la Nación les ofrece, de las garantías que las leyes les otorgan, atenten contra su independencia, su soberanía, contra la integridad de su territorio.

Despreciemos como ofensiva la alusión que se hace de los individuos blancos y mestizos. Despreciemos como una superchería el pasaje que refiere "de los indios que en su tránsito á México salieron á preguntarle por su reina en aquellas casas de caña," cuya aclaración ha cuidado de no hacer para no ser desmentido por los mismos.

Despreciemos en tercer lugar, porque es necesario despreciar lo que se niegue, siendo no obstante evidente, la opinión que se ha formado de no haber sostenido el clero á la reacción, y de no haber hecho por su

causa lo que podía; pero perdonemos al Sr. Pacheco, que ha querido desahogarse y formar en Europa otro juicio de México, de aquel en que se le tiene colocado, por los que lo han visitado sin prevenciones; mas digamos á lo ménos que no ha sido muy exacto en sus calificaciones. Digamos á la Europa, que no ha habido guerra entre blancos y mestizos; si entre un partido que sostiene los abusos de antaño, fueros, privilegios, fanatismo y preocupaciones con tendencias á un gobierno central ó dictatorial, y otro que, rejuvenecido al pasar del dominio de la vieja monarquía española á la condición de ciudadanos republicanos, detesta los abusos, las preocupaciones, no está contento con los fueros y privilegios, quiere la reforma, el progreso: quiere marchar á la vanguardia llevando al mundo esas ideas de salud pública, como suprema ley. En uno y otro partido hay blancos y mestizos, hay ilustraciones. Hay entre uno y otro partido, mas sin formar una tercera entidad política, una gran mayoría que detesta á los españoles; pero porque los españoles detestan á esa mayoría de mexicanos. No es exacto que quiera venderse el país á los norte-americanos, ni que quiera borrar el nombre de México. ¡Oh! ¡esto es la mayor impostura!

No se conoce á la República por solo conocer á México, por solo atravesar el corto territorio que hay de Veracruz á México, como no á la Francia por el solo conocimiento que se tenga de París, ó la gran Bretaña porque se llegue á visitar Londres. En las capitales de las naciones, difícilmente se comprende á los hombres; difícilmente puede uno formar ideas de las opiniones; difícilmente pueden juzgarse á las naciones. Así es como el Sr. Pacheco, estando en México, no ha podido calificar cuántos blancos como él ó más blancos que él, fuera en la República, lejos de pertenecer al partido español, son liberales federales, son anti-españoles, sostenedores de la Constitución de 57.

Así es como durante ocho meses que permaneció, no conoció, ó afecta no haber conocido al clero, lo que es más cierto, al negar no haber sostenido éste su causa y su partido. Y decía que es lo más cierto, porque ¿cómo desconocer la parte activa que toma un cuerpo tan compacto, como el clero de todos los países católicos, en oponerse y rechazar á todo aquello que perjudica sus intereses, y menguar pueda su influencia y respetabilidad ante la generalidad de sus respectivas naciones cuando hemos visto prodigar sus recursos y



abrirse paso en los gabinetes que profesan la misma fé religiosa, sus enviados, sus agentes en demanda de amparo y protección? Si lo que no puede ser indiferente al clero francés, al español, no lo es al mexicano ¿cómo al mexicano le sería la destitucion de sus fueros y nacionalizacion de sus bienes? ¿Cómo no haber sostenido la revolucion que se los restituyera? Risible es sostener lo contrario, como sostener la verdad de la pregunta de los indios de las casas de caña, con cuya embajada quiso quizá puramente el Sr. Pacheco, amanzar su discurso y divertir al senado español; por cuanto en todas partes de la República, solo se acuerdan del rey ó reina de España, cuando hay que hacer una alusion al despotismo, á la esclavitud, á la crueldad ejercida en la conquista, y á la dominacion de trescientos años: cuando hay que recordar las crecidas exacciones al pueblo, de tributos, bulas de la santa cruzada, de vivos, difuntos, composicion de lacticinios, de la media pierna, (1) de annatas seculares y medias annatas eclesiásticas, de subsidios, de diezmos, primicias y obvenciones parroquiales; y no nos olvidamos tambien de S. M. cuando suelen llegar á nuestras puertas algunos que llevan la señal del fierro candente con que se les marcaba en las espaldas al venderlos como bestias, reducidos como estaban á la mas cruel esclavitud, y.....

Demós las gracias más expresivas al Sr. Pacheco, por los deseos que le animan en que México no pierda su civilizacion ni caiga en la barbarie. No, téngalo por cierto, téngalo la España toda, que no perderá su civilizacion, porque rompa las tradiciones españolas, porque no emite las costumbres que le legó, porque para el régimen interior de la República esté dividida en Estados y cada uno tenga su Legislatura respectiva: es así ménos fácil encadenar la inteligencia del hombre; y es así por consiguiente mas fácil la ilustracion de un pueblo.

En una revolucion, el único papel hábil es el que se representa sinceramente. Pues bien; nada hábil hemos debido conceptuar el que con respecto á transaccion, representó el Sr. Pacheco; transaccion procuraba cuando sonaba la campana de agonía, que anunciaba á los que vivian de ilusiones, la muerte de la réaccion! ¿No es esto

(1) [Media pierna]. Retazo de manta de algodón que las mujeres hilaban y tejian, y los encomenderos colectaban y vendian en aumento de la real hacienda, á setenta y cinco centavos cada retazo.

lo que en buen sentido significa querer á última hora sacar provecho del mal mismo? ¿No es esto llevar hasta sus últimos atrincheramientos la defensa de un principio esencialmente contrario al que proclamado y defendido estaba en toda la nacion, como necesario á su modo de ser político? ¿No es por ventura este un deseo de aplazar para despues las reformas y dar tregua á la revolucion, que habia necesariamente de concederse falseando entonces el principio de legitimidad, al hacer á un lado la Constitucion y al otro el Presidente legítimo? ¿Habia otro motivo que no fuera la desafeccion de España al orden constitucional y á los liberales, que le impidiera abrigar esos sentimientos de transaccion, desde que se encendió la guerra civil, que tan buenos pretextos le ha ofrecido para presentarse ante la Europa como lastimada, como ofendida, para despertar su compasion y hácia nosotros su tibieza y algo de aversion? Pues bien; ¿por qué no se manifestó entonces? ¿Por qué al pasar por Veracruz el ex-embajador, lejos de manifestar al Sr. Juarez los deseos de su reina en este respecto, lejos de presentarle los despachos que acreditaban su embajada, lejos de tentar esta materia y abrir sus negociaciones, solo se limitó, al dirigirse el 23 de Mayo, á solicitar permiso y seguridades para su tránsito á México, tratándolo con esto como jefe de una miserable faccion, cuando de hecho y de derecho, moral y físicamente, era el Presidente de la República?

Ante las consideraciones que fluyen en estas observaciones, caen súbitamente las que barnizan esa extensa relacion, esas proposiciones presentadas con objeto de alcanzarla, ese llamamiento que se decanta hecho á los liberales, esas piezas cambiadas entre él y algunos personajes con que seguramente habrá cansado la paciencia del senado, que le escuchaba al leerlas, no bien dispuesto, como no lo estaria es de suponerlo, á escuchar esa larga relacion de sí mismo que, como inconducente ó mas bien como su propio panegirico, no cabe en un documento parlamentario. En muchos casos las pasiones turban la conciencia de los hombres, y veces hay que lo extravagante se toma por cordura y la perfidia pasa por heroísmo.

Una mujer por su ascendiente, Catarina, alcanzó que la Rusia, la Prusia y la Australia, hicieran causa comun contra la revolucion francesa; una mujer, Isabel II, por sus intrigas, ha logrado que la España, la Inglaterra y Francia, hagan causa co-

mun contra el gobierno democrático de México. ¿Y comprenderán los gobiernos republicanos de toda la América, que esta triple alianza, cuya accion se endereza por ahora á México, no es cuestion de dinero, de ofensas inferidas ni de honor nacional?

La España, á pesar de su ostentacion de poder y del derecho que cree asistirle exclusivamente, de intervenir en la política de América, y de las ningunas simpatías que tiene con el pueblo de la Gran-Bretaña; la Inglaterra, no muy amiga de la España por esta misma causa, ni con la Francia, con cuya nacion apenas puede mantener la paz, encontradas como están ambas naciones en intereses y en creencias religiosas; la Francia, que constantemente por tal motivo apresta elementos de guerra, se procura alianza para el caso de un rompimiento de guerra con Inglaterra; la Francia, digo, que ha sido mas antipática con la España, que con los americanos, desde la sangrienta guerra que se trabó entre ambas en tiempo de Napoleon el grande, estas tres naciones, sin embargo de la heterogeneidad de sentimientos que inspira á sus habitantes todos, las vemos hoy unidas amenazando la existencia política de una nacion, como la mexicana, que les ha sido amiga y benéfica en mas de un concepto.

¿Y con este precedente descansarán aún los otros pueblos del nuevo mundo, en la fé de los tratados concluidos entre sus respectivos gobiernos, y aquellos cuyas esquadras se presentan en actitud hostil en las aguas de Veracruz, sin causa ó motivo justificable? ¿Podrán inspirar confianza en lo sucesivo las promesas de amistad, simpatías y altas consideraciones que ofrecen sus enviados cerca de los mismos gobiernos americanos, ahora que una dolorosa esperiencia viene á demostrarnos, que lejos de observar para con nosotros el principio de no intervencion en nuestras cuestiones, nos quieren dar instituciones y gobierno, y quién sabe qué más, aun que poco nos agrade y mal nos pese?

El drama que hoy se representa en América, ha tenido su primer acto en el viejo mundo. Para mantener la supremacia anglo francesa allá, llevóse la guerra á la Rusia, hizose últimamente á la China. No fué nada satisfactorio el desenlace de la primera, y están por verse los buenos ó malos frutos de la segunda. Y no tan solo operan coligados para alcanzar aquel fin contra una nacion fuerte, sino á la que se le considera ménos, se le hace la guerra independientemente; tal ha sucedido á la

Austria, en cuya empresa la Francia no ha sacado la mejor parte y tal sucedia con la Italia, que empeñada en sacudirse de la potestad temporal del Papa, y de formar una nacion poderosa, unidas las partes en que maquiavélicamente se la tenia dividida; la Francia siempre influyendo en la política del país, siempre recelosa de su union, empleó desde que estalló la revolucion en tiempo del Ministro Rossi, los medios de accion para sujetar al pueblo romano, para combatir sus justas pretensiones, como lo hizo cuando Mazzini, empleándolos tambien con relacion á los demas pueblos de Italia, hasta que mas por respetos á los poderosos elementos con que se contaba en su último movimiento, ha tenido que separarse de su política anterior para no quedar envuelta en esa potente y vigorosa revolucion que todo lo venia, y que, si no vencer, hacer temblar podia á la Francia.

¿Y la Rusia, la China, la Austria y la Italia, olvidarán los tristes recuerdos de esas guerras que han tenido que sufrir? ¿Frescas deben estar las heridas, veneradas las tumbas levantadas á los héroes que defendiendo su nacionalidad y derechos víctimas fueron del furor de sus enemigos en esas guerras trabadas en Roma, en la Crimea y Sebastopol, en Solferino, y al abrirse paso para la toma de Pekin: regadas, sí, con las lágrimas de sus deudos. ¿Días hay que formados los cuerpos de inválidos, contemplan tristemente sus miembros mutilados en ellas!

México es ahora presa de ese coloso levantado para dominar al mundo. Si, México resiente hoy los consiguientes de su imprevision, las imprudencias de su infancia, y México como las demas naciones del viejo mundo, ha debido ponerse antes de ahora á cubierto de un golpe que se le asesta desde el otro lado del Atlántico por tres naciones coludidas, que no satisfechas de las altas consideraciones dispensadas á sus nacionales aquí, que no satisfechas de la sed de oro, con esa corriente de plata extraida de América, que vivifica la accion de todas, quieren hacernos su presa, ha debido, queria decir, y debe aún, diré, formar tambien su alianza en todas las Américas: ha debido, y debe aún, excitar á esas naciones que han sufrido por esa liga anglo francesa, á la formacion de otra entre ellas para romperla en bien de la humanidad: solicitando á la vez su proteccion y ofreciendo la nuestra: ha debido y debe, para evitar que una sola raza extranjera, ó dos ó tres que fácilmente